

REFLEXION EN TORNO A UN OPERATIVO

PABLO FONTAINE

Que se me permitan estas pocas líneas, muy personales y algo doloridas, para expresar lo experimentado en estos días en mi población. Las escribo antes del 14 de junio, sin saber, por lo tanto, el saldo que dejará la protesta programada para ese día.

Lo que más me impresiona es nuestra dificultad para entendernos. ¿Cómo es posible que no haya lugar para el diálogo, las explicaciones, la racionalidad?

Se ha sugerido que en un operativo se exija la orden correspondiente y se levante un acta sobre el allanamiento. Este consejo nos resulta pintoresco a los que de madrugada fuimos despertados por los golpes que gente armada daba en la puerta, fuimos amenazados, insultados, puestos manos arriba contra la pared, obligados a vestarnos rápidamente y a salir a un furgón atestado de personas que corrían la misma suerte. ¿Qué diálogo humano cabe en estas circunstancias?

Más doloroso que todo eso fue ver la enorme masa de hombres que iba llegando al Parque bajo los focos, como prisioneros de guerra. Nuestros captores no daban explicación alguna. El temor y la incertidumbre eran más importantes que el frío y la neblina de esa mañana.

Si llegaran unos marcianos y nos convirtieran en objetos, en propiedad suya, sería muy terrible. Con todo, una actitud así estaría dentro de lo previsible. Pero estos otros eran seres humanos, hermanos nuestros.

Cuando más tarde conversamos, en una Eucaristía, sobre el perdón a los enemigos y alguien expresó que él no podría perdonar todo lo sucedido esa madrugada, le pregunté si a él le habría gustado más bien que se hubie-

ran cambiado los papeles, que él hubiera tenido un arma y hubiera custodiado a nuestros captores como a un rebaño. Era evidente que nadie deseaba eso en la comunidad cristiana. ¿Cómo se habrán sentido por dentro esos uniformados que nos arrancaron de nuestras casas! Ellos fueron mandados y tal vez obedecieron quebrados por dentro. Nosotros, y tal vez también ellos, deseamos un mundo en que estas cosas no sucedan.

Un poblador fue llevado a un rincón del Parque y se le aplicó electricidad. Se le exigía que firmara un papel declarando que yo era el jefe del movimiento del 11 de mayo en la Población.

¡Qué odio tiene que haber y qué terrible malentendido para pensar todo esto y actuar así!

Ese poblador había participado en un ayuno en una capilla el día 11.

¿Por qué les habrá parecido tan mal ese ayuno? Cuando otros se preparaban para acciones violentas ¿no era bueno ofrecer un cauce a quienes pretendían adherirse a la protesta en forma pacífica? ¿O no es posible disenter? O, si se disiente, ¿no se lo puede manifestar de ningún modo, ni siquiera con medios pacíficos?

Al ayuno, las fuerzas de policía respondieron con la violencia de llevarse varios detenidos, después de haber asegurado que se les dejaría salir sin problemas.

A esta violencia respondió el pueblo con piedras sobre los carabinieri.

La indignación fue más fuerte que el miedo. Esas piedras me dolían en el alma. Comprendía la cólera de los pobladores frente a la agresión injusta, pero, en fin, eran piedras de hermanos contra hermanos. Como decía un niño

de esa población (uno de esos niños que ahora viven atemorizados con el uniforme): "Sin la ropa y las armas son iguales a uno". Sí, niño, somos todos iguales. Dios nos hizo iguales y a imagen de su Hijo. Pero los mismos hombres hacen que uno sea pobre y el otro rico, uno somete y el otro es sometido. Simplemente por eso sucede lo que contemplan tus ojos asustados.

Esa misma noche del 11 hubo violencia de ambos lados. Esto explica, pero no justifica el operativo, que vino a ser un castigo contra una población que se habría portado mal. De ahí la rabia, los golpes, las detenciones. Cuando un niño se porta mal, hay que preguntarse cuál será la causa profunda antes de pegar con rabia. Hay que preguntarse por qué un pueblo indefenso arremete de pronto contra un poder tan bien armado y fuerte. Sólo la desesperación puede llevar a eso. No se diga que todo viene de los agitadores. Estos lograrían muy poco, incluso con un pueblo empujado, si éste sintiera que es respetado y está representado por quienes ejercen la autoridad.

Estas son las cosas que ocurren en los barrios donde viven los pobres. En Chile no hay separación entre blancos y negros. Pero hay barrios para pobres, sueldos para pobres y operativos para pobres.

La alegría de este pueblo llegará cuando los pobres sean respetados, cuando recuperen su palabra y puedan decirla en voz alta, cuando las leyes los defiendan, cuando sus niños no necesiten aprender en la escuela que todos somos iguales ante la ley, sino que lo vean con sus propios ojos. □

12 de junio de 1983